

POBEDA Y ARMENTEROS, FRANCISCO (1796-1881)

SELECCIÓN

INDICE:

MARIA Y JESUS CONTRERAS
A CUBA
DESCRIPCION DE LOS GUAJIROS
LA VIDA DEL ESTANCIERO
A LA PALMA

MARIA Y JESUS CONTRERAS

I

Era mayo y de la Cruz
los altares y las fiestas,
las vegas de Mayarí
Presentaran más risueñas.

Allí con pencas de palma
arcos lucidos se elevan,
y en ellos se cuelgan frutas,
y en cada luz una décima,

Y faroles de papel
de mil colores diversas,
y lazos de hermosas cintas,
y cortinas y banderas.

Preciosas, como ellas mismas,
van y vienen las vegueras,
desde el centro de la plaza
hasta el atrio de la iglesia.

Cual con rosas y jazmines
lleva ornada la cabeza,

, y cual la linda espalda
lleva tendidas dos trenzas.

Allí luce la rosada,
allí la hermosa trigueña
la de los ojos dormidos,
las de las pulidas cejas.

Allí de los pies cubanos
brilla la dote, suprema,
y allí los cuerpos airosos,
y allí el candor y modestia.

En repartidos corrillos
muchos guajíros se encuentran
a las puertas de los ranchos
que improvisara la fiesta.

Allí se tratan caballos,
machetes, albardas y espuelas,
y allí los buenos jinetes
corren sus jacas ligeras.

Más allá de un tiplecillo
se oyen las acordes cuerdas,
y el güiro sonador
el doble compás se observa.

Cual con su amada gustoso
el buscapiés zapatea,
Y coge y suelta el pañuelo
en los pies con ligereza.

Cual unas décimas canta
con voz tan dulce y tan tierna,
que del sinsonte armonioso
los gratos ecos semeja.

Cual improvisa una glosa
apurando la botella,
y cuánto son los que miran,
y cuántos los que se alegran.

Solo en tanta algarabía
suspira Jesús Contreras,

joven gallardo y honrado
que de las Tunas viniera.

Los muchachos juguetones
corrían a pierna suelta;
saltando las candeladas,
y gritando de manera,

que entre ellos y las campanas
y los tiros de las tiendas,
formaban una algazara
capaz de atronar la esfera.

Ya se entona el himno sacro
a la reina de las ruinas,
y sube al cielo el incienso
que por el altar humea.

Y Jesús Contreras triste,
en el umbral de la puerta,
por todas partes la vista
tiende en su amargura extrema.

Las campanas repicaban,
y en las puertas de las tiendas
se tiran trabucazos,
que iluminada la iglesia
para principiar la Salve,
de esta suerte hacen la seña.

Los fuegos artificiales
que el sacristán compusiera
con las luces de Bengala,
daban más brillo a la fiesta.

Para mayor lucimiento
era una noche serena,
de aquéllas que son en Cuba
tan comunes como bellas.

Los ráídos voladores
se elevaban de manera,
que su luz se confundía
con la luz de las estrellas.

Los fuegos y los repiques
dan lugar con nueva fuerza,
porque acabada la Salve
unos salen y otros entra.

En medio de otras hermosas
descollara una trigueña
de ojos negros, linda cara,
pie chico y cintura estrecha.

Muy complacida salía
por la puerta de la iglesia
ponderando del altar
la simétrica excelencia.

Pero de pronto su rostro
palidece de manera,
que puso en mucho cuidado
a las jóvenes aquellas.

Desmayóse en el instante,
mas Jesús con ligereza
corre, y recibe en sus brazos
a la preciosa veguera.

El corazón de la joven
late con tanta violencia,
que puso en mucho cuidado
a sus lindas compañeras.

Jesús fue de los primeros
que a su casa la siguieran,
comprando de agua colonia
un pomo con diligencia.

Acuden de todas partes
gentes de clases diversas
y aun puedo decir también
que se desgració la fiesta.

Ofreció el pomo a Gertrudis
Jesús lleno de tristeza,
y ella con mucho interés
le aplica la fina esencia
a la nariz, a las sienes,
y hasta el pecho le rocía.

Abrió la joven los ojos,
y lanzó un suspiro tierno,
que en el alma de Jesús
directamente se hospeda.

En tanto Jesús callaba,
mirándola tan de cerca,
cual no presumió el cuitado
desde que salió de su tierra.

Retiróse silencioso,
Y tantas fueron sus penas
que toda la noche estuvo
rondando la casa aquella.

Apenas salió Jesús,
el padre de la trigüeña
en una jaca tordilla
a la misma casa llega.

Parece que algún amigo
le hizo saber la ocurrencia,
y vino al pueblo, dejando
sin ningún orden la vega

¿Qué es esto? pregunta ansioso;
pero la hermosa trigüeña
le dijo: Nada, taitica,
no se apure, yo estoy buena.

II

Ya recobrada María,
que María se llamaba
aquella linda veguera
que Jesús Contreras ama;
Con Gertrudis la holguinera
en el aposento, estaba;
y como el mal que padece
va creciendo con la causa,
a su amiga comunica
lo que dos años callaba.

A media voz, y observando
como aquél que se recata.
sentadas juntas las dos
de esta manera le habla:
Habrá tres años, amiga,
que un lunes por la mañana
conocí a Jesús Contreras
en el hato de la Palma.
Era muy amigo suyo
el marido de mi hermana,
pues cuando estuvo en las Tunas
vivieron en una casa.

Preguntó por mi cuñado
y yo, que estaba en la sala,
le dije que se apease,
como es uso, por crianza.
El me miró atentamente,
Y yo mirándole estaba,
pues el amor al momento
simpatizó nuestras almas.
En esto salió Mauricio
y en cuanto la vio en la sala
le dijo lleno de gozo,
¡Tanto bueno por mi casa!

Siéntate Jesús que voy
a que conozcas mi amada;
ven Lolita, es mi mujer;
esa niña es mi cuñada;
mi suegro anda sabaneado
que salió muy de mañana,
pero en su nombre te ofrezco
querido amigo la casa.

Traía Jesús un caballo
entero, de paso y marcha;
tan negro como un totí,
con una o dos manos blancas.
Mandólo desensillar
mi cuñado, y hete en casa
el primer hombre Gertrudis
que mi corazón amara.

Fueron Jesús y Mauricio
adonde el conuco estaba

para amarrar el caballo,
y después por la sabana
hablando los dos amigos
llenos de placer se hallan.
Volvieron a casa, y él
empezó a decirme gracias,
y se me sentaba enfrente
adonde quiera que estaba.

Al fin me dijo su amor,
y como también lo amaba,
a su amor correspondí
toda llena de esperanzas.
Llegó mi padre y lo vio,
y le puso buena cara,
y lo acomodó en el hato,
y sin Jesús no se hallaba.

¿Qué más? el viejo sabía
lo que a Jesús estimaba,
y lo sabía Mauricio,
y lo sabía mi hermana,
y nunca me dijo nadie
De Jesús una palabra.
Un martes, ¡maldito día!
Jesús con mi padre estaba
Conversando en los corrales
donde se encierran las vacas.

Allí mi padre le dijo:
-Jesús, los vecinos hablan,
conque es fuerza te retires
y que refrenes tus ansias.
He sabido que ahora noches
allá en las vegas de Yara
unas décimas cantaron
sobre el hato de la Palma.

Ya ves, el honor de mi hija
anda al son de una guitarra,
y tú debes conservarlo
si es que de veras le amas.
Anoche saqué la cuenta
y ese dinero me alcanza,
tú eres pobre, mi hija es rica.
¡Bah!! déjate de bobadas.

Yo le vi Gertrudis mía
El rostro lleno de lágrimas,
Cuando le dijo a mi padre
con la mayor arrogancia:
Si usted me excede en dinero,
En sangre no me aventaja.

Pero mi padre al momento
le volvió a Jesús la espalda,
y en el cuarto me encerró
por la puerta de la sala.
Yo casi muerta, Gertrudis,
por la rendija observaba
lo que mi Jesús hacía,
y temía una desgracia.
Mandó buscar su caballo
llevó hasta el portal la albarda;
se puso luego el machete,
y las espuelas de plata.

Unió su ropa de corto
Junto con la ropa larga,
y la guardó en la maleta;
luego descolgó la hamaca,
y en cuanto llegó el caballo
le echó incómodo la albarda;
y antes de montar, Gertrudis,
entró otra vez en la sala,
más palido que la muerte
y con la voz muy quebrada,
y me dijo: Adiós María,
Tu padre es quien nos separa,
y yo por guardar tu honor
daré la vida y el alma.

Montó a caballo, y se fue,
y yo muriéndome estaba
llorando de día y de noche;
mira, me puse tan flaca
que mi padre cogió miedo
al mirarme como estaba.
Por eso el viejo vendió
a la hacienda de la Palma,
y compró de Mayarí
la vega vieja y la casa.

Esta es mi historia Gertrudis,
y es Jesús, aquél que estaba
en la puerta de la iglesia
cuando caí desmayada.
Recapacitó Gertrudis,
y le dijo muy ufana:
Pues has de saber María
que fue Jesús quien a casa
te trajo, y el que me dio
la agua colonia: ¡caramba!
y es muy bonito, y te quiere,
¡Miren el viejo fantasma!
no seas boba aquí estoy yo,
a casarse, y santas pascuas.
Estando en esto llegaron
el viejo y otras muchachas,
que ya cansadas del baile
con él volvieron a casa.
¡Ya está buena! ¡Ya está buena!
¿¡Gracias al Señor!? mañana
bailarás como una loca.
Pero ¿qué fue? Nada, nada
vamos a dormir que es tarde
dijo una joven con gracia.

III

¡Qué bella! ¡qué regocijo!
y qué de gentes por la plaza
había de Mayarí
en las vegas decantadas!
Este feriaba pañuelos
de fondo con listas blancas;
más allá una lotería,
cantada con mucha gracia
por un viejo socarrón;
acá un puesto de avellanas;
cada cual a un mismo tiempo
lo que vendía anunciaba,
"A los buenos alfajores",
"Avellanitas tostadas",
"Punche de leche", "Confites".
"A las sabrosas biajacas,

fresquesitas, fresquesitas."
"¿Quién entra, que uno me falta?"
"Señores, ahora ha venido
el figurín de las damas:
El diez y ocho, uno con ocho."
"¿Usted gusta de algo, mi alma?"
"Vino el prieto." "Voy al siete."
"Que no: la peseta es falsa."

Tal era la confusión
que el bullicio ocasionara
en las fiestas de la Cruz;
todo era risa y jarana.
Allá en la casa de teja
un baile formado estaba,
y el tiple y el güiro unidos
los ánimos alegraran.

Estaba la sala llena,
y el comedor de la casa,
éste de madres y tías,
aquélla de las muchachas.
Cinco o seis pares a un tiempo
el zapateo bailaban;
baile mucho más honesto
que lo es la extranjera danza.

Pasó el embullo primero,
Y despejada la sala
Gertrudis sacó a María
a bailar, pues se negaba.
Jesús que estaba sentado
junto al que tiple tocara,
viendo bailar a María
cantó con tristeza tanta,
que del ruiseñor meloso
el eco triste imitaba:
he aquí la glosa amorosa
que Jesús Contreras canta:

Los pajaritos y yo
nos levantamos ¡ay cielos!
ellos a cantar al alba,
yo, a llorar mi sentimiento.
En la solitaria calma
que sufro en tanta aflicción

se me arranca el corazón,
se me despedaza el alma:

Desde el hato de la Palma
sólo el ruiseñor me vio,
y el tórtolo que lloró
del cedro en los verdes ramos;
así nos acompañamos
Los pajaritos y yo.
Bulle la linfa sonora
en la silvestre cascada,
cuando asoma nacarada
cándida y bella la aurora.

Con voz muy encantadora
cantan los tiernos polluelos,
y las aves con anhelos
saludan a las estrellas;
¡Cuán diferentes yo y ellas
Nos levantamos ¡ay cielos!
Yo me levanto del lecho
en que sufrí mi agonía,
y ellos saludan del día
la vuelta con dulce pecho.
Yo en mis lágrimas deshecho
oigo su canora salva;
ellos saltan de la malva
alegres al amaranto;
yo a suspirar me levanto,
Ellos a cantar al alba.

Ellos con acordes trinos
amenizan el vergel;
yo apuro la amarga hiel
de recuerdos asesinos:
Ellos con tonos divinos
van difundiendo el contento,
yo abatido y macilento
no hago más que suspirar;
ellos vuelven a cantar
yo a llorar su sentimiento.
Toda la gente del baile
lo aplaudió regocijada,
pues para cantar,
Jesús tenía bastante gracia.

Gertrudis en el momento
mirando a María turbada
le ase una mano y la lleva
adonde Jesús estaba
diciendo,-pido lugar
que es empeño de la sala
que cante esta niña ahora,
ya que los hombres no cantan.
No imita tanto el sinsonte
el murmurio de las aguas,
como cantando María
a su Jesús imitaba.
Se limpió el pecho dos veces,
desgarró con mucha gracia,
y estas décimas de amores
María cantó turbada.

¿Por qué dudas de mi amor
sabiendo lo que te quiero?
El amante verdadero,
Vence el peligro mayor?
¡Qué de penas he pasado!
¡Cuál ha sido mi tormento!
!No sé cómo el sentimiento
la vida no me ha quitado!
Todo por ti, dueño amado,
todo por ti, mi señor;
siempre sufriendo el rigor
de mi desdicha incesante:
si sabes que ser constante
¿Por qué dudas de mi amor?

Después de tu cruel partida
quedó mi alma congojada,
siempre triste y retirada
Pasé dos años la vida.
Con la esperanza perdida
de ver a mi amor primero,
siempre estaba en el venero
acordándome de ti:
¿Y tú dudabas de mí
sabiendo lo que te quiero?

Conozco que mi decoro
fue la causa de tu ausencia,

y por esa consecuencia
con más extremo te adoro:
No derramemos más lloro,
acábase el rigor fiero;
vuelva el amor placentero
nuestros pechos a embriagar,
que no debe suspirar
el amante verdadero.

Ya que otra vez el destino
favorable nos unió,
de fina moriré yo
pagando un amor tan fino:
Sólo nos queda un camino
en medio de este dolor;
no temas ningún rigor
ni el imposible te espante,
pues cuando es fino el amante
vence el peligro mayor.

¿A duras penas, María,
sus décimas acabara,
cuando la cita Jesús
puesto en medio de la sala.
Ella se paró en el puesto
a tiempo que el viejo entraba,
y conociendo a Jesús
aunque le queda de espaldas,
se pone delante, y él
en lugar de Jesús, baila.

El desaire de su amante
siente María en el alma,
y teme aquella noche
no suceda una desgracia.
Pero Jesús sin turbarse
va donde el tiple tocan
lo toma en la mano, y vuelve
adonde María estaba,
y le dijo: Señorita
cuando me ciega la rabia
disimule usted mi arrojito.
Y contra el suelo estrellara
el tiple, que hecho pedazos
da lugar a nueva zambra.

¡Qué confusión, qué alboroto
en el bailecito se arma!
allí de Guanabacoa
las hojas finas resaltan:
Jesús tira de la suya
y dio un revés a la araña
dejando la sala a oscuras
cual si a tinieblas tocaran;
Gritos daban las mujeres,
ternos los hombres echaban,
y un infierno parecía
alborotada la casa.

Quién debajo de la mesa
consiguió llegar a gatas,
quién hizo de su taburete
Escudo, contra las armas.
Aquí chillando una vieja,
allá llora una muchacha,
acullá un viejo reniega
más allí un mocito escapa.
Entra el juez, cesa el rumor,
y con una hacha de cuaba
Ilumínase de pronto
el comedor y la sala.
El Capitán con prudencia
infórmase de la causa,
y todos dan a Jesús
la justicia y la alabanza.

El prudente Capitán
que se acabe todo manda,
y para seguir el baile
buscan pronto una guitarra.
Vuelven a bailar, y vuelve
la alegría como estaba,
Jesús Contreras suplica
al capitán y a las damas
perdón de la demasía
que de ejecutar acaba.
Todos están de su parte,
y hasta el Capitán lo estaba,
pues salió junto con él
a conversar a la plaza.

IV

Con el Capitán hablando
a solas Jesús Contreras
contábale por menor
la causa de la ocurrencia:
y le suplica interponga
su autoridad, pues desea
casarse con su María,
suceda lo que suceda.

Estando los dos hablando
el Cura y otros se acercan,
preguntando al Capitán
Por qué se armó aquella gresca
que dicen hubo en el baile
que hay en la casa de teja.
El Capitán le repuso:
¿Cabalmente, padre, llega
usted a buena ocasión;
y allí el suceso le cuenta,
Tal, como atento Jesús
comunicándole hubiera,
con todos sus pormenores
y sin faltar una letra.

Jesús, le suplica entonces
al Cura que lo proteja,
y los que estaban presentes
en bien de Jesús se emplean.
Vanse al baile, al viejo llaman,
y allí todos se interesan
por Jesús, y le suplican
que a sus miras condescienda.
El Cura en nombre del cielo
los resultados presenta
que puedan estos amantes
tener, causándoles penas.

El Capitán le asegura
que hay unas leyes que ordenan
que en siendo iguales, se casen,
y la vez todos le ruegan.
Consintió el padre, que mucho
al señor Cura respeta,

y mira que el capitán
y otros muchos se interesan.

Lllaman a Jesús, a tiempo
que salían de la fiesta
para retirarse ya
María y otras vequeras.
Allí a media voz hablando
se comunican las nuevas,
y allí Jesús satisface
al suegro, de su violencia;
y allí reunidos celebran
la feliz conciliación
de aquellas almas sinceras.

Miró María a Jesús
Y el corazón le penetra,
aquella amante mirada
De su adorada trigueña.
Del baile se retiraron
y se fue Jesús con ellas
a la casa de María
donde todos juntos cenan.
Y el Capitán y su esposa
comprobando su fineza,
se brindan para padrinos
de la boda, cuando sea.

El Cura quedó encargado
de las demás diligencias,
y todo fue en adelante
gusto y placer que doquiera.
Al otro día temprano ,
Jesús se mudó a la vega
y empezó a arar el venero
y a preparar la cosecha.
Casáronse, se quisieron
y Gertrudis la holguinera,
Bautizó la primer niña
Que tuvo Jesús Contreras.

A CUBA

Canto al delicioso clima
Donde la alterosa palma
Y la corpulenta ceiba,
Más feraces vegetaran.
Canto a mi patria querida,
Que produce con más gala
Cuanto en otros climas nace
De poca o más importancia.
Si mi destemplada lira
A empresa tan soberana,
Da cabo, seré feliz
Con el hecho de lograrla.

Bien puede el zoilo mordaz
Hacer el juicio mañana,
Y vituperar mis versos,
y reír a carcajadas.
Yo, ni pretendo favores,
Ni esclavizo mis palabras:
Canto a Cuba, por ser Cuba
Mi dulce y querida patria.
Si alguno hijo espúreo suyo
No siente en su ardiente alma
Por ella un amor sincero,
Menosprecio mi trovada.

Yo sólo escribo a los buenos
Y aunque cometa mil faltas
Describiré de mi Cuba
Los montes y las sabanas.
Permítele a mi lira, patria mía
Que una mi voz al preludiar. del arpa
Que en los ecos del Vate Peregrino
Nos cantó el huracán, después la calma.

Erased un tiempo que en sencillas trovas
del Almendar en las floridas playas,
Di solaz al guajiro que afanoso
Tus fructíferos campos trabajaba.
Entonces te canté por vez primera ,
pensil hermoso de la esfera indiana:
Yo abrí la senda, y otros vates luego
Describieron tus frutas y tus plantas.

Pero, yo quiero cantar
Para cumplir con mi amor,

Y describir y pintar,
Y tú debes apreciar
Los cantos del Trovador.
¿Qué importa al fin que en tu mente
No haya el hombre penetrado,
Si en gorgojo regalado
Trina en el cedro el sinsonte
Y el ruiseñor en el prado?

¿Qué importa que el duro acero
el hacha cruel, destructora,
No haya en tu oculto venero
Privado el verdor primero
De la mano creadora?
Linderos ni guardarrayas,
Coto a la humana ambición,
Tienes aún, pero en tus playas
cien naves flotando hallas
De distinto pabellón.
Aquí un prado, allí un pensil,
Acá un sitio de labor,
Y vegas de mil en mil,
Y donde quiera el verdor
Del florido mes de abril.

Ingenios y cafetales
que son toda tu esperanza;
Y firmísimos corrales
Que en los hatos de crianza
Levantán tus naturales.
Y puertos bien abrigados,
Y montañas y colinas,
Donde se ven respetados
Entre tus frutos preciados
los productos de tus minas.
Allí, creciendo altaneras
Están con próspero augurio
Tus más preciosas maderas,
Y al par del hermoso purio
Descollaran tus palmeras.

Allí el ébano real,
Y el ansiado granadillo
Junto de un demajagual
Y en medio de un guamajal
Vegeta el duro cerillo

Allí el árabo y el roble
El pito, la vera, el güije,
El endurecido mije,
y la caoba que noble
Es de los árboles dije.

La yaba y el jaimiquí,
La jocuma y el ocuje,
Y el predilecto jequí
Que resiste fuerte allí
Del huracán el empuje.
Allí acaricia la vara
Al pintado recental,
Y vemos en el corral,
Cobijada de manaca
Fábrica descomunal.
Allí en el feraz venero
Cabe del río a la orilla,
Vemos prolijo al veguero
Trasponiendo la semilla
Del gran tabaco habanero.

Y en sitios y en cafetales,
En ingenios y en jardines,
Se ven hileras iguales
De frondosos platanales
Y en ellos mil tomeguines,
Y entre otras frutas preciadas
Vemos las gustosas piñas
De rico obrizo escamas,
Que compiten con las viñas
De la Europa celebrada.

Y extensivos arrozales
Del monte al cercano abrigo,
Y junto los boniatales
Las mieses del rubio trigo
Y los muy grandes yucales.
Y para mayor tesoro
En tus tierras se dilata
Cobre bueno y fina plata;
Y el oro, el ansiado oro
Que hace la existencia grata.

Y mármoles superiores
Y jaspes de varias clases;

Y piedras de mil colores;
Y cristales que en sus faces
Demuestran ser los mejores.
No te orgulleces en vano
Cuba, con tanto arrebol,
Cuando el Motor soberano
Te diera por padre el Sol,
Por esposo el Océano
Pues de continuo se ve
Al sol tus campos dorar,
y aunque murmurando, al mar
Besar humilde tu pie
Y tus contornos lavar.
Tu elegancia y tu belleza
Consisten suelo adorado,
En que la Naturaleza
Se hospeda en tu verde prado,
Y en la intrincada maleza.

Cuál debe ser el destino
De tu plantel soberano,
Cuando el labrador divino
Con su benéfica mano
Fecunda tu hermoso pino?
Así es que quiero cantar
Para cumplir con mi amor,
Y describir y pintar,
Y tú debes apreciar
Los cantos del Trovador.

DESCRIPCION DE LOS GUAJIROS

Para pintar al guajiro
con la mayor perfección,
quiero hacer la distinción
que en todas sus clases miro;
escribir lo cierto aspiro,
aunque mísero coplero,
y la espinela prefiero
al estilo altisonante,
para que después me cante
en la sabana el montero.
Dificultosa es la empresa,
si he de escribir imparcial

al severo mayoral
y al que anda por la dehesa;
pero es imposible ésa
copiando seres al vivo;
y pues hacerlo no esquivo
no hay que hacer inculpaciones
si dejo las tradiciones
y canto lo positivo.

En estos mis versos llanos
las clases describiré,
y si a Cuba antes canté,
hoy cantaré a los cubanos:
si mis esfuerzos son vanos,
si no alcanza mi razón
a formar la descripción
con la debida belleza,
culpád sólo a la pobreza
que tiene mi inspiración.
Sentadas, pues, estas bases,
también demostrar aspiro
que no se pinta al guajiro
en una, sino en tres clases:
musa, adelante no pases
sin distinguirlas primero:
una, guajiro estanciero,
y segunda, el mayoral;
tercera y más general,
el guajiro sabanero.

En la vega o en la estancia,
que todo viene a ser uno,
cuando el tiempo es oportuno
hay siembras en abundancia;
y esto se le debe al ansia
con que el guajiro estanciero
en su espacioso venero
al trabajo se dedica,
y por eso multiplica
su familia y su dinero.

El guajiro mayoral
ocupa más alto rango,
y en el campo y en el tango
es juez a un tiempo y fiscal;
su porte es original,

usa muy grande el sombrero,
buen machete, mejor cuero,
un arrenquín marchador,
y labradas con primor
fuertes espuelas de acero.

Si no hay administrador
él es tan sólo el que manda
y entonces es cuando anda
la finca mucho mejor.
El boyero es su inferior,
como lo es el carretero;
el mayordomo, enfermero
y mozos asalariados.
De éstos quedan separados
el maestro y el carpintero.

En el potrero o el hato
se llama el gañán montero;
éste es el gran sabanero
que hora ocupa mi relato:
es hombre de poco trato,
tan fuerte como valiente,
en rumbos inteligente,
que vive en las soledades
venciendo dificultades
tan audaz como prudente.

Cuando en las güiras los gallos
sus cantidos menudean,
estos guajiros se emplean
en ensillar sus caballos:
en la hacienda de "Los Guayos"
pintar trato al sabanero,
domando un potro cerrero
más bello que Faetón,
y que en un sabanetón
lo ha cabalgado primero.

Ya libre de la manea
el potro tasca el bocado,
y a la vez desaforado
retrocede y corcovea;
violento caracolea
y al guajiro compromete,
pues en un charco se mete

donde derribarle aguarda;
pero clavado en la albarda
parece que está el jinete.

A las casas de vivienda
vuelve ufano el sabanero,
porque aquel potro cerrero
ha obedecido a la rienda.
Grosero manjar merienda,
muda bestia, toma el lazo,
sigue con él en el brazo
y lo coloca en la albarda,
pues va por la vaca sarda
y previene algún fracaso.
Este hombre fuerte, atrevido,
un monte entero atraviesa,
y de registrar no cesa
el punto más escondido:
a veces vaga perdido
por la desierta sabana;
pero eso poco le afana,
pues a tales lances hecho,
prepara el mullido lecho
sobre de una penca cana.

Quita la albarda a la jaca
y en seguida la manea,
mientras el perro olfatea
buscando el rastro a la vaca,
la iguana al momento saca,
pone en la piedra el mechón,
vibra el pesado eslabón,
enciende el tabaco luego,
y después conserva el fuego
cabe un seco troncón.

Por la mañana apareja
la jaca; a su perro llama;
igual que las reses brama,
luego en libertad lo deja;
apenas cruza una ceja,
ladra el perro, el lazo saca,
pica su ligera jaca,
va donde sintió el ladrido,
y halla a su perro prendido
de la nariz de la vaca.

Allí con satisfacción
mira a su perro primero,
y después el sabanero
se envanece de su acción;
prepara sin dilación
el lazo que firme abraza,
el tiro certero traza,
el lazo diestro enarbola,
y virando una vez sola
por ambos cuernos la enlaza.

Y apremiando en el instante
al animal enlazado,
pasa corriendo un quemado,
llevando el perro delante;
no hay peligro que le espante,
todo para él le es igual;
ya atraviesa un matorral,
ya desciende a una cañada
hasta que deja trancada
a la vaca en el corral.

Ver en las grandes sabanas
al jinete sabanero
corriendo un potro ligero
entre matorros y cañas;
mirar las yeguas livianas
escapárseles doquier,
y al guajiro no ceder
hasta que las enlazó,
como los he visto yo,
juro que no hay más que ver.

Perfectamente estribado,
sin que el equilibrio pierda,
rige al bruto con la izquierda
al uno y al otro lado;
cuando el atajo acosado
toma el monte o su ladera,
él activa la carrera
y hasta el monte lo persigue,
en donde al cabo consigue
cortarle la delantera.

Aún hay otros campesinos,
como son los carreteros,
los peones y los arrieros
de los lugares vecinos;
todos a cual más ladinos
entonan canciones suaves,
y aunque sin acordes graves
siguen el uso del monte,
como lo canta el sinsonte,
como lo hicieran las aves.

Todo el esmero y primor
del guajiro está cifrado
en hallarse redondeado,
con un potro marchador;
cada cual tiene su amor
con lo que su bien completa,
y al trabajo se sujeta
sin cometer un desliz,
"hasta que se hace feliz
casándose con su prieta.

LA VIDA DEL ESTANCIERO

Por la mañana temprano
Se levanta el estanciero:
Va a la cocina primero
Con un tabaco en la mano.

Atiza el guardacandela
Hasta que produce llama,
Después le aplica una rama
Y previene la cazuela.

Seguidamente procura
Cuando hervir el agua ve,
Echarle pronto el café
Y un trozo de raspadura.

Coge el hacha y raja leña,
Carga el agua, va al corral,
Quita el rejo al recental
Y luego la vaca ordeña.

Mientras a estas cosas fue
Su mujer e hijos asoman
Y unidos entonces toman
Sus jícaras de café.

Toma el yugo o el machete
Y según es la labor,
Este hombre trabajador
No halla cosa que le inquiete.

Toma la esposa feliz
En el momento sin balay
Que encima del pilón hay
Casi lleno de maíz.

Y entre el corral y el bohío
Por costumbre se coloca
Y empieza su linda boca
El pi pi y el pío pío.

De las maniguas vecinas,
Desde las primeras voces
En tropel salen veloces
Los gallos y las gallinas.

Luego se acerca el atajo
De pavas; poco después
Más serio que un portugués
Sale finchado el guanajo.

A mudar los animales
El marido va primero.
Y ara cerca del venero
O limpia los platanales.

La vida del estanciero
Feliz en extremo fuera
Si acaso no le debiera
Como le debe al tendero.

Por más que al trabajo atienda
Con honradez, ¿quién creería
Que cuanto cosecha y cría

Trabaja a más no poder,
Y cumpliendo sin cesar,

Apenas llega a pagar
Cuando principa a deber.

Y si el destino contrario
Le manda una fiebre cruel,
Acaban pronto con él
El médico y el boticario.

Así es que lleno de penas
Escapa con el pellejo,
Y luego en fincas ajenas
Viene a parar cuando viejo
En castrador de colmenas.

A LA PALMA

(Soneto)

Alegres campos de la Patria mía
Do la palma su copa al cielo eleva,
En vuestro fértil suelo jamás nieva
Ni crueles fieras la montaña cría:

Seguro el labrador espera el día,
Y unce los bueyes, y el arado lleva
Donde trabaja en la labranza nueva
Que al trasponerse el sol dejado había:

Prados fecundos de verdor eterno,
Floridos valles, caudalosos ríos,
Primavera es en vos el crudo invierno;

Y la aurora con pródigos rocíos
En las cumbres más altas y en los llanos
Colma el rico placer de los cubanos.